

Argentina: el fracaso de las fuerzas armadas y la salvación por los civiles, ciclo recurrente

"Tuvimos todo el poder en nuestras manos, pudimos hacer de Argentina el país más importante de América Latina. Lo terrible, lo que no tiene perdón ni excusa, es que en cinco años dejamos a la patria hecha mierda." (1)

El almirante Emilio Eduardo Massera, ex miembro de la Junta Militar que depuso a la presidenta María Estela Martínez de Perón, ex comandante en jefe de la Armada, volvió a insistir en su malhumorado rezongo ante miembros de la Junta de Almirantes. Marino retirado, con no disimuladas y desmesuradas ambiciones políticas, el foco de su inquina lo constituyen el general Jorge R. Videla, su ministro del Interior, Harguindeguy, y su ministro de Economía, Martínez de Hoz. De este último lo menos que hace es sugerir que "dejó" chiquitos a José B. Gelbard, Celestino Rodrigo y David Graiver juntos". (2)

El aval del desastre

Massera sigue siendo, históricamente, tan responsable como el resto de sus camaradas en todo cuanto ocurrió en la Argentina desde marzo de 1976 en adelante, incluyendo obviamente los millares de "desaparecidos" y la designación de Martínez de Hoz y Harguindeguy como ministros, con las consecuencias que de la actuación de ambos —y de la actuación propia— deben deducirse.

Pero desde que por razones reglamentarias debió dejar la comandancia de su fuerza armada, Massera orientó sus pasos y objetivos hacia la obtención de un espacio político que en apariencia es personal, sin que ello deje de suscitar dudas y desconfianzas generadas por las multimillonarias cifras de que siempre dispuso para sus permanentes desplazamientos por todo el mundo, la financiación de un despacho político y sobre todo de publicaciones notoriamente deficitarias. En síntesis, que el mundo político local descuenta que tras de sus gestiones se mueven el poder, las influencias y los cuantiosos fondos secretos de la Armada.

A Massera acaba Viola de clausurarle su quincenario *Cambio*. El número 3 de esa revista salió a la calle la semana pasada con el título de "Esto no va más". La portada era una borrosa fotografía de la Casa de Gobierno, con la leyenda "No funciona". Por si fuera poco, durante una entrevista que le hizo Radio Mitre, aludió frontalmente al comandante en jefe del Ejército, teniente general Leopoldo F. Galtieri:

"Ayer leí casualmente una publicación del doctor Luis León (dirigente de la Unión Cívica Radical), donde recuerda una frase del teniente general Galtieri —y esto lo digo claramente para evitar eufemismos— donde en julio del año pasado avalaba 'lo hecho, lo que se estaba haciendo y lo que faltaba por hacer'. Creo que todos los ciudadanos, al comprobar la situación que estamos viviendo, tenemos cierto derecho a preguntarnos quién levanta ese aval".

Soberbia y debilidad

En la entrevista Massera no ahorró nuevas y ásperas críticas a Videla y Martínez de Hoz, pero añadió otras más dirigidas a sus camaradas de las fuerzas armadas:

"Creo que la crisis es profunda. Y no es una crisis económica, sino una crisis fundamentalmente política. El gobierno tiene que recapitular sobre lo hecho y por hacer y tiene que hacer un profundo examen de conciencia (...)

"Hasta hace pocos meses, incluso después de asumir el gobierno (el general Viola), se trataba de convencer a todos de la 'magnífica' gestión del gobierno anterior, de la cual me autodefiní como un crítico. Por otra parte, ya escuché a veces los agravios de algunos discursos, discursos que por su tono no quiero calificar, (3) que demuestran además de soberbia una tremenda debilidad. Y esto es lo que me hace reiterar que la crisis por la que atraviesa el gobierno, es una crisis moral (...)

"Repito que estamos en un momento difícil, por eso el título de *Cambio* de 'Esto no va más', porque ésta es para mí una inadecuada conducción, que no alcanza, a mi juicio, a crear las condiciones definitivas para lo que podemos llamar una convivencia pacífica y estable. Si el Proceso (de Reorganización Nacional) francesa yo también seré arrastrado con su caída, puesto que soy, precisamente, uno de sus fundadores.

"Por supuesto, por eso quiero que no fracase. Por eso mi insistencia permanente en golpear sobre mis camaradas para que recapaciten y reflexionen para encontrar realmente el camino. Porque tengo, como ex miembro de la Junta Militar, la obligación moral de decir claramente lo que pienso, porque esto ayuda a mis camaradas a reflexionar y así lo deseo para que realmente puedan cambiar. Deben cambiar y es con la mejor intención que lo señalo."

Fracturas internas del régimen

Con ocasión de la comida anual de camaradería de las fuerzas armadas en celebración del fasto de la Independencia —9 de julio— habló el brigadier general Omar D. Graffigna, comandante en jefe de la Fuerza Aérea en su carácter de presidente de turno de la Junta Militar. Al día siguiente, casi sin excepción la prensa argentina destacó en titulares o subtítulos la esencia de su disertación:

1) Que la unidad interna de los militares está asegurada. 2) Que el problema básico es lograr el mismo apoyo al "Proceso" que en sus inicios;

3) Que deben desecharse conductas que "asumen el riesgo de alentar una aventura peligrosa"; 4) Que "hay actitudes que parecieran perseguir el propósito de hostigar a las fuerzas armadas con ataques directos y algunas veces sugestivamente personalizadas, lo que pareciera configurar el propósito de aislarlas y desequilibrarlas para contribuir, probablemente, a una salida electoral precipitada o lograr otro objetivo más o menos discernible" (??); Y 5) que el régimen representativo, republicano y federal "es el procedimiento insoslayable para la organización política de la sociedad", aunque no hay a continuación mención alguna acerca de cuándo se decidirá el régimen militar a ponerlo en práctica y cuáles serán las garantías que las fuerzas armadas darán ahora y para siempre de que lo respetarán y se ajustarán a sus prescripciones.

Y este último es precisamente un punto clave para la comprensión de lo que está ocurriendo hoy en la Argentina. Mientras una gran porción de la facción dominante del Ejército pretende seguir indefinidamente en el poder, en pos de esa entelequia llamada "objetivos" del "Proceso", la Armada, por boca de su principal vocero, el almirante Armando Lambruschini, ha puntualizado recientemente la necesidad de establecer plazos y términos.

Ejército sin conducción

El discurso de Graffigna responde lateralmente al de Lambruschini y notifica al país que la Fuerza Aérea se ubica junto a quienes no desean fijarse límites en su irrestricto usufructo del poder, pese a las abundantes demostraciones de que esa su conducción de los asuntos gubernamentales y las filosofías económico-sociales que la enmarcan dejaron "a la patria hecha mierda", según la gráfica descripción del almirante Massera. Al propio tiempo, le informa a Viola y sus adherentes que, en tanto él endose ese proyecto y no facilite la acción de quienes pretendan "una salida electoral precipitada", la aeronáutica militar le apoyará. Obrar de otro modo sería "alentar una aventura peligrosa" que atentaría contra la estabilidad misma de las fuerzas armadas.

La disertación es al propio tiempo una exhortación para uso interno de todos los militares argentinos: no deben poner en peligro su propia unidad. Porque, y esto es ya un secreto a voces en el país, esa unidad está fracturada por diferencias sustanciales entre Ejército y Armada por una parte, y por inocultables discordias entre Galtieri y Viola —ambos del Ejército— por la otra. Para peor, en los más de tres meses de régimen de Viola, y quizás desde antes, las marchas y contramarchas en materia económica y en política internacional son más que indicadores de que el principal factor de poder armado en el país, el Ejército, carece de conducción.

Y no es por mero azar que en un sector cívico militar, el del ex dictador Juan Carlos Onganía y su ministro del Interior, Guillermo Borda, cuyas torpezas produjeron el "Cordobazo", haya emergido la idea, por ahora subliminal, de que en el país ocurre lo que está ocurriendo porque no hubo un Pinochet en lugar de un Videla o un Viola. Tampoco es casual que en esa onda figure adscripto el nazoidé general Luciano Benjamín Menéndez. Esta autopostulación marginal de otro sector es una prueba anexa de que la afirmación de Graffigna acerca de que la unidad de los militares está asegurada, no pasa de ser una mera expresión de deseos.

Sin libreto y sin demonios

Mientras la existencia supuesta o verdadera de enemigos guerrilleros sirvió de libreto para el discurso coonestador de la presencia militar en el poder y para la puesta en práctica del "modelo económico" de Martínez de Hoz, el régimen no tuvo adversarios serios de su autolegitimización. No obstante la hostilidad manifiesta de la administración de James Carter, el aparato económico no padeció por presiones o bloqueos o interferencias foráneas; tampoco fue perturbado por molestos conflictos sindicales o agitaciones políticas; las estructuras gremiales y el funcionamiento de los partidos pasaron al mínimo nivel de expresión, casi clandestino. Nada verdaderamente preocupante, en suma, porque al propio tiempo las fuerzas armadas y las de seguridad desarrollaron con la máxima drástica y refinamiento lo que ellas denominaron "Guerra Sucia", o sea el ejercicio militar-policía de eliminación de los grupos armados que tenían nombres propios ("Montoneros" y ERP), así como de todo vestigio de apoyatura de esos cuadros, así hubiesen sido éstos ocasionales, inocentes o ingeniosos. Para que la operación no pecara por debilidad, se pasó al opuesto extremo: exterminio aún en la duda.

Y así transcurrieron cinco años de pesado silencio y de irrestricto gobierno militar en la Argentina. Antes de que el primer quinquenio se cumpliera, ya el régimen había proclamado su victoria sobre la subversión y el guerrillismo, germen fundamental de la lógica en la que se apoyó su captura del poder total. De modo que la resquebrajadura de su aparato de producción y la quiebra virtual de su economía no puede ser achacada a una "oposición" puesto que ésta no existió o sobrevivió, no tuvo modo alguno de expresarse ni ocultar ni abiertamente.

El gobierno militar —y eso es lo que no expresa el discurso ritual del Graffigna— (3) se ha quedado sin libreto de sustentación y sin demonios

a los cuales endilgar su estrepitoso fracaso y su virtual impotencia. Las fuerzas armadas salieron de sus cuarteles, bases y guarniciones para poner en marcha —24 de marzo de 1976— lo que llamaron "Proceso de Reorganización Nacional". Ese es el libreto de pomposa denominación —el de Onganía (1966-1970) tenía el majestuoso nombre de "Revolución Argentina"— que hoy es vacía retórica, y no sirve sino como marco de referencia banal. El enemigo satanizado y extirpado tampoco existe. En este campo sí probaron su conocida capacidad profesional los militares. Lo que resta de esa demonología son desesperadas y llorosas madres que sólo piden que se les informe dónde están encarcelados —o enterrados— sus hijos e hijas. No hay respuestas del régimen.

Este se ha quedado sin libreto y sin demonios.

¿A quién enjaretar las culpas?

Hubo un tiempo en que las investigaciones se orientaron a tratar de demostrar que en el calamitoso estado sociopolítico nacional se debía, entre otras causas más o menos demostrables, a ciertos ominosos manejos de personajes o colectivos o grupos económicos nacionales y extranjeros entrelazados. El caso típico, el de la planta de aluminio ALUAR, sirvió por un tiempo para desquitarse del teniente general Alejandro A. Lanusse, del ex ministro José B. Gelbard y de un grupo italiano industrial-financiero. Después sobrevino el escándalo Graiver. En ambos, no se desaprovechó la rica veta del antisemitismo larval de los militares argentinos.

Pero en 1980 estalla a pleno el escándalo del Banco Interamericano Regional (BIR) y no sólo no hay judíos en la quiebra fraudulenta que arrastre a varias empresas —lo mismo ocurrirá con los grupos SASERU Greco y Oddone—, sino que la principal figura, el banquero Juan Rafael Trozzo, es un archiconocido católico de hacha y tiza, popular incensable de los Cursillos de Cristiandad y quizás —se dice— vara alta de la filial del Opus Dei en Argentina.

Algo parecido ocurre con el más estruendoso de los fracasos del régimen, el de la conducción del pleito del Beagle con Chile. Nunca la diplomacia internacional argentina alcanzó sus niveles más bajos. Allí no hubo judíos, ni comunistas ni montoneros infiltrados. Todo lo torpe, desastroso y calamitoso fue obra de funcionarios civiles y militares cuidadosamente elegidos por el régimen, que fue además quien pidió específicamente la mediación del Papa. Nadie le impuso a Videla desde fuera ese pedido de mediación, ni seleccionó desde Washington o Moscú a los mediadores argentinos. Sin embargo, éstos no sólo demostraron su incapacidad diplomática, sino, peor todavía, ofrecieron un frente desunido, producto de la feudalización del poder que caracteriza al régimen militar: la Armada no piensa de la propuesta de solución de Juan Pablo II lo mismo que piensan el Ejército y la Fuerza Aérea. Y cuando el 25 de abril último, en uno de sus habituales raptos de rabia visceral el jefe del Ejército, Galtieri, ordena el cierre de todas las fronteras con Chile a raíz del arresto de dos oficiales argentinos, la Armada se entera de la decisión por la prensa.

El Beagle y otros beagles

Al explicar el régimen militar las razones de la clausura del quincenario *Cambio* que dirige el almirante Massera, dice que lo hace por "socavar la confianza pública en los actos de gobierno, dirigida a perturbar la paz social mediante especies orientadas a crear un clima de agitación general".

La llamada "paz social" ya está harto perturbada por todos los escándalos financieros, quiebras fraudulentas y estado de calamidad pública debidos a los manejos y consentimientos del equipo de Martínez de Hoz. Uno de sus efectos manifiestos es la altísima inflación no debida a distorsión productiva, el alto y creciente índice de desempleo, la carestía de la vida, la emigración de más de 200 mil técnicos calificados, el cierre temporario o definitivo de fábricas y comercios, la liquidación de la industria liviana y la pauperización de la clase media. Massera y la Armada, que obviamente tienen su cuota de participación en ese desastre, apenas procuran salvar lo salvable, comenzando por el diagnóstico de la enfermedad.

Es lo mismo que de un modo individual y por reacción de honestidad —y valentía— ciudadanas han tratado de hacer en las páginas del periódico *La Prensa* los columnistas Manfred Schönfeld y Jesús Iglesias Rouco, ambos probadamente anticomunistas y antiperonistas. En lugar de tomar en cuenta esas llamadas a la reflexión y a la cordura, la respuesta oficial es típica: se suprime la publicidad gubernamental a *La Prensa*, se agrede física y nocturnamente a Schönfeld y se anuncia que Iglesias será procesado por revelar secretos de Estado. En lugar de atacar el mal, de erradicarlo a partir de la localización de la pústula, se pune a los médicos que hicieron el diagnóstico y ofrecieron remedios. En reacción otra vez irreflexivamente visceral, casi infantil e irresponsable, se descargan castigos y amenazas de toda laya contra quienes no son sino los que describen la naturaleza del mal nacional: la falta de control al ilimitado ejercicio del poder de los militares, a quienes habría que estarles recordando permanentemen-

te el viejo aforismo español: "Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué".

La "remoción omnipotente"

El aforismo procede del cuento de la bruja que se vio tan fea en el espejo en que se miraba, que lo arrojó para destrozarlo, como si al hacerlo su rostro pudiese cobrar belleza.

En psiquiatría, si no recordamos mal, existe una expresión, "remoción omnipotente", para designar el acto de quienes rompen espejos que muestran fealdades, o niegan la realidad palpitante rehusándose a afrontarla. Como esto resulta molesto o duele o hierde, el mecanismo de defensa reside en desechar, dando por inexistente eso que tanto hierde o duele. Hay variables de esa "remoción omnipotente". Cuando Schönfeld menciona los dobles o cuádruples sueldos de los militares en actividad o en retiro, en lugar de disponer el régimen que se supriman esos y otros abusos conexos que son reveladores de privilegios de casta, se le rompe la mandíbula y algunos dientes al periodista. Cuando Iglesias Rouco destapa una carta reservada que describe cómo el cardenal Samoré, intermediario papal en el conflicto del Beagle, se queja por la falta de coherencia, de cumplimiento y de unidad entre los distintos miembros de la comisión diplomática argentina y hasta de las contradictorias conductas de la cúpula de poder en Buenos Aires, se dispone procesar a Iglesias por dar estado público al documento, en lugar de remover de raíz a los causantes directos de las aflicciones y agravios que a nombre del Papa expone Samoré. Cuando Massera, expresando la opinión de la mayoría del país, opina en su revista que "Esto no va más" y que la Casa de Gobierno "No funciona", se clausura a Cambio y se le imputa la intención de "perturbar" una "paz social" que es un mito en la práctica desde hace varios meses.

Quizás no haya para todos

En vísperas del "Cordobazo" de mayo de 1969, la ceguera y las torpezas de Onganía y su equipo crearon la misma sensación de pánico e inestabilidad generalizadas, con fundamento en los problemas económicos. Aun cuando lo que hoy ocurre decuplica sobradamente aquellas bases del pánico nacional, el ingenio de los cordobeses creó un supuesto diálogo entre un optimista y un pesimista, que vale la pena reproducir aunque, como en la cita con la que se inicia esta crónica y por las que pedimos dispensa, se incluya una expresión lépera

"Optimista: Si las cosas siguen así en el país, terminares por alimentarnos con mierda.

"Pesimista: —¿Y vos creés, che, que alcanzará para todos?"

La actitud de los militares hasta ahora fluctúa entre el afirmar con mayor dureza, si cabe, el llamado "Proceso" no obstante su comprobable y estruendoso fracaso —variable Pinochet—, o liberalizar algunos de sus mecanismos dando una mayor participación a sectores civiles colaboracionistas —variables Balbín— sin ceder un milímetro en el control real y verdadero del aparato de poder.

En el primer caso semejante endurecimiento no haría sino exacerbar los ya caldeados ánimos de la población, sin contar con los factores objetivos en juego son distintos entre Chile y Argentina y las situaciones nacionales y mundiales son también dispares entre 1973 y 1981. En el segundo caso no habría sino repetición del recurrente ciclo de la historia de los últimos 50 años, en que las aventuras militaristas concluyen, al agotarse por incapacidad e incompetencia su rol de apoyatura de la facción de poder dominante, por una apelación al siempre denotado sector de los políticos.

La salvación por los civiles, en síntesis. Pero, ¿qué ocurriría en la muy improbable hipótesis de que por vez primera en la historia, los grupos políticos imitaran a los sindicatos obreros y se declararan en huelga, bajaran brazos, voluntades y ambiciones y simplemente respondieran a los militares: "—Ustedes y los Martínez de Hoz dejaron al país como está (recordar la expresión de Massera), sin nuestro concurso. Ahora les toca a ustedes arreglarlo, puesto que precisamente salieron de sus cuarteles para desarrollar su "Proceso de Reorganización Nacional". Nosotros continuaremos en silencio, sin molestar ni interferir. A ver cómo lo hacen". Se trata de lirismo puro, de ingenuidad romántica. ¿Pero qué cambio histórico se produciría en el país!

1) En el lenguaje coloquial argentino —y sobre todo porteño— "hacer mierda" a algo o a alguien es desbaratarlo, liquidarlo, destruirlo.

2) Gelbard —hoy fallecido— fue ministro de Economía durante la tercera presidencia de Juan D. Perón; Rodrigo ocupó el mismo cargo durante algunos meses en tiempos de la presidenta Perón; Graiver —hoy presuntamente fallecido— está acusado, entre otras cosas, de quiebras fraudulentas de bancos de Estados Unidos y Europa.

3) Alude a ataques eclípticos que le formaron voceros del Ejército entre otros el propio general Galtieri.

4) Cfr. "Texto del discurso del brigadier Graffigna", en *La Nación*, 8 de julio de 1981. Buenos Aires, p. 16.